

## UN SAN SEBASTIAN MEXICANO

POR

FRANCISCO DE LA MAZA

**D**AMOS a conocer una graciosa escultura mexicana del siglo XIX, en madera estofada, de San Sebastián, escultura que resulta insólita en la inmensa y repetida iconografía del joven legionario romano.

En la Edad Media, hasta el siglo XII, fue representado como un venerable varón con barba y a veces como soldado.

En el Gótico fue un guerrero vestido a la usanza de la época o un elegante cortesano, si bien en ambas formas lleva las flechas de su martirio.

Como las flechas —tal vez por el iracundo Apolo homérico— fueron símbolos de la peste, San Sebastián fue el abogado protector de la terrible enfermedad, casi endémica en la época medieval.

Es el Renacimiento —enamorado como el mundo clásico de la juventud y de la belleza humanas— el que recreó al San Sebastián efébo, a veces atlético, desnudo y atado a un árbol en el que recibe su cuerpo las saetas de su martirio.

A veces está cuajado de flechas, aunque en raras ocasiones; otras son tres o cuatro, bien repartidas en torso, brazos y piernas; el Greco sólo lo hiere con una en el cuadro de la Catedral de Palencia y Antonio Rosellino, en su bella escultura de Empoli, no distrae con ninguna la limpia morbidez del cuerpo adolescente. Así también, y totalmente desnudo, es el que ahora está —pequeña obra maestra anónima— en la cámara de Felipe II, en El Escorial.

En la pintura veneciana suele acompañar a la Virgen sentada en el trono, con alguna figura de obispo munificentemente ataviado —por contraste con el desnudo— en esas deliciosas “santas conversaciones”.

El Barroco continuó esta clásica representación del Sebastián atado al árbol, pero el pudibundo siglo XIX comenzó a ponerle ropas o a volver a vestirlo de soldado.

Casi nunca se le ha representado ya muerto, salvo la egregia escultura en mármol de Giorgetti, con dibujos de Canova, hoy en la iglesia de la catacumbas del santo. Y erraron Canova y Giorgetti, pues lo supusieron muerto por las flechas.

En efecto, según las *Acta sanctorum*, el legionario de Diocleciano no murió en su árbol suplicial y fue curado por Santa Irene —o Fabiola— la misma noche de su martirio. Tiempo después apareció de repente al Emperador, criticando su actitud ante los cristianos. Diocleciano ordenó fuese decapitado.

Esta escultura mexicana, propiedad del pintor Manuel González Galván, en Morelia, es un adolescente, casi un niño, rigurosamente vestido de soldado romano, con peto, faldellín, casco y capa; en los pies las sandalias, ligadas a las piernas. Las flechas y sus heridas están olvidadas. El tierno cadáver sólo lleva una correcta herida lineal en el cuello, bajo la barba, para que pueda verse, y de la cual gotean hilillos de sangre. Sus pies se cruzan con graciosa indolencia, pero sus manos han sido acomodadas como algunas estatuas yacentes, la derecha sobre el pecho y la izquierda en la cintura.

No hay tragedia. Es un delicioso muñeco, extraordinario por la absoluta rareza de su representación plástica.

